

Desde que tengo memoria he profesado devoción a mi país, España. A una temprana edad, a través de los textos y estampas de un gastado volumen que enseñaba nuestra Historia, comprendí que yo era parte de algo más grande, de algo que debía ser preservado y aun mejorado. Así nació un compromiso que dura hasta hoy. En su virtud, me defino como nacionalista.

Si el pasado de España me inspiraba y enorgullecía, la España que veía, la que sigo viendo ahora, me causaba preocupación: constataba que padecía problemas que, lejos de solucionarse, cada vez iban a peor, sin aparente remedio.

La preocupación se ha acentuado en los últimos tiempos. Los motivos, para el que no esté ciego u obre con mala fe, saltan a la vista. Nos ha tocado vivir en la España de la amnistía, de la ausencia de proyectos edificantes, de la insignificancia internacional, del retroceso demográfico, de la renta per cápita estancada y superada por los países que estaban detrás... Una España sin fibra moral y sin pulso.

A pesar de sus apuros, que son graves, España no es una causa perdida. La emergencia de un sentimiento nacionalista renovado ha sido una ráfaga de esperanza en medio de la depresión y de las peores predicciones.

En España, los que no comulgan con las ideas de la izquierda pueden ser centristas, europeístas o, a lo sumo, patriotas constitucionales. Mi deseo es que una nueva categoría, la de nacionalista, hasta ahora orillada, condenada al ostracismo, se normalice plenamente.

Obviamente, no es el nacionalismo un invento novedoso, pero, a mi juicio, en este momento tiene muchas oportunidades y hay que hacer un buen uso de ellas.

El presente escrito no es un ensayo o una monografía. Es un manifiesto, un libro de urgencia. Su cometido es galvanizar a los que ya alberguen sentimientos nacionalistas y provocar a los que todavía piensan que la nación no importa. Con él se coadyuva, siquiera sea modestamente, a ir aquilatando una doctrina que consolide ese nuevo nacionalismo, que cuenta con distintas manifestaciones, de suerte que rinda sus mejores frutos.

He tomado prestadas ideas de muchos lugares y soy deudor, entre otros, del pensamiento de Friedrich List plasmado en *Sistema nacional de economía política* (1841). El uso del plural de modestia se debe a esta razón, así como a mi rechazo al afán de protagonismo o notoriedad, ya que soy uno más en un movimiento en el que no estoy solo.

Las declaraciones políticas y discursos citados pueden encontrarse sin dificultad en Internet. En los demás casos, indico la fuente de la cita. Las citas bíblicas están extraídas de la versión de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española. Todas las traducciones son mías.

El primer capítulo explica la oportunidad y necesidad de la ideología nacionalista. El segundo aborda la pregunta de por qué es bueno el nacionalismo y fija una postura respecto a sus competidores ideológicos. El tercero y el cuarto se dedican, respectivamente, a formular, *grosso modo*, un programa nacionalista en general y en la economía. El quinto es la conclusión, un llamamiento a la no resignación. He incluido como anexo una carta dirigida específicamente a los jóvenes españoles, que son destinatarios principalísimos de estas ideas.

Agradezco a SND Editores la valentía que demuestra al publicar éste y otros títulos que escapan del reducido marco de lo políticamente admisible. Quiero dar las gracias igualmente, como no podía ser de otra manera, a los amigos que han tenido la amabilidad de revisar el texto.

Mis convicciones serán tachadas de radicales y fuera de lugar. El nacionalismo, se aducirá, es un retroceso. Una ideología populista, excluyente y conflictiva. No nos dejemos amilanar por tamañas acusaciones. Invito a todos a evaluar la situación con un mínimo de serenidad. Al margen de la Historia, de los afectos, de la lealtad, es decir, valorando únicamente lo material, ¿de verdad nos va a ir mejor en un país fragmentado e impotente? ¿Nuestro porvenir será más seguro y próspero en la indefensión y gobernados desde fuera? ¿Es beneficioso vivir en un país que, si fuera un individuo, sería comparable a un esclavo?

Creo que no. Es por ello por lo que animo a los lectores a entender que la nación nos concierne a todos y a compartir un nuevo nacionalismo que sea instrumento de salvación y de perfeccionamiento.